

LA DEMOCRACIA DE LOS PARLAMENTARIOS

QUÉ cambios y modificaciones podrán operarse, a partir de 1915, en las sociedades humanas, en el criterio humano, con relación a la manera de concebir los grandes problemas de la política, de la organización social, de la marcha del mundo? Un hecho hay fundamental hasta ahora en la organización política, que sospechamos que dejará de ser considerado como tal fundamento. Toda la obra de la civilización—o gran parte de ella—estriba en asociar y disociar ideas. El parlamentarismo durante el último período histórico—cincuenta años—ha marchado asociado a la democracia. El parlamentarismo no va a desaparecer de la noche a la mañana; a pesar de sus desdoros y sus quebrantos, el régimen parlamentario seguirá funcionando en las naciones europeas; pero el parlamentarismo sufrirá una conmoción más honda que las sufridas hasta aquí. *La idea de democracia comen-*

zará a ser disociada de la idea de parlamentarismo. Democracia—a nuestro entender—es, entre otras cosas, libre acceso de todos a los cargos todos del Estado; libre acceso de todos a la gobernación del país; que la gobernación, cosa antes reservada a una casta, se considere como cosa de todos; que no haya prejuicios ni obstáculos para que un hombre pueda ser lo que es otro hombre. Democracia significa que el bienestar moral y material de la civilización no sea el patrimonio de una minoría, sino que se vaya extendiendo a todos. Democracia quiere decir que el estado presente de organización social no es definitivo, sino solamente una fase de la evolución, un tránsito para una cosa mejor, como mañana esa otra cosa mejor lo será también para otra superlativa... Pero la democracia no es la policracia. No es—dicho más exactamente—la explotación y la concupiscencia de un extenso pandillaje de profesionales y charlatanes. No es el asalto a todos los cargos de la incompetencia y del favor. No es el desorden, la confusión y la inercia. Al concepto de *cantidad*, que ha dominado en las últimas décadas, habrá que ir substituyendo el concepto de *calidad*. Sí; será

preciso que se precise la idea de democracia. Una de las cosas que nos habrá recordado la guerra europea, poniéndolo bien dolorosamente de manifiesto, es que para el triunfo de una empresa lo esencial es una dirección segura y consciente; una subordinación de lo accesorio a lo principal, un plan meditado, un método. Habremos visto patentemente, después del actual formidable conflicto, que sin todas estas condiciones, sin esta jerarquía y sin esta dirección sabia y firme, como no se puede triunfar en una guerra, no se puede tampoco lograr éxito feliz en cualquiera otra empresa de distinto orden, ya se trate del éxito de una huelga, ya de la buena marcha de una fábrica, ya de la expansión de un producto comercial. Y esta idea de dirección, de subordinación, de jerarquía, de método, de concurrencia armónica de esfuerzos, se infiltrará hondamente en los partidos obreros y hará que no se siga creyendo que la democracia, tal como nos la sirven los parlamentarios, está indisolublemente ligada a los conceptos de progreso, de libertad y de justicia...

AZORIN.

(A B C. Madrid.)

LA FIESTA DE LA RAZA EN CARACAS

DISCURSO del Doctor MA-
NUEL DIAZ RODRIGUEZ *

*Señor Ministro de Instrucción
Pública, representante del
Ejecutivo Federal; señor
Gobernador del Distrito
Federal; señores:*

SI la fiesta de la raza no contuviera ensí misma la más clara y honda significación espiritual, bastaría a dársela perfecta el actual momento histórico en que la tierra entera amenaza desfallecer y desquiciarse bajo un formidable combate de cíclopes. Del uno al otro extremo del Viejo Mundo surgen las más grandes naciones ordenadas y escalonadas en fieras actitudes combatientes, como en un gigantesco bajorrelieve heróico, ideado por la mente vengadora y sombría de un Miguel Angel.

* Pronunciado por el admirable Díaz Rodríguez la noche del 12 de Octubre de 1915 en el Teatro Municipal de Caracas, en la función de gala que preparó la Colonia Española con motivo de la Fiesta de la Raza. (N. del D.)

Y si se piensa que lo que antes fué lucha de nación contra nación, y hoy lo es de grupo de pueblos contra grupo de pueblos, puede mañana convertirse en choque de razas, muy bien puede ser para los de habla española, esta fiesta, como toque de llamada imperativo, o ineludible ocasión de reconocerse, a fin de mejor apercibirse y prepararse a cuanto de grave nos reserven los días futuros.

Tengo por innegable y evidente el sentimiento español de Venezuela, sobre todo desde aquellos días de hace ya cuatro años, cuando el entusiasmo de la juventud y las más candorosas y espontáneas demostraciones populares acogieron por las calles de Caracas al descendiente de Morillo, el que, en lugar de la espada ponderosa de su abuelo, el Pacificador, nos traía un mensaje familiar, el mensaje de amor que la Patria grande enviaba a una de sus hijas, a una de las patrias nuevas que ella, aquende el Atlántico, alumbró con los dolores de su heroísmo, limitó con su voluntad, armó con sus leyes y nutrió con el pan y el vino de su civilización mediterránea, la primera entonces en el mundo.

A ese mensaje de amor contestaba nuestro amor a España, subiendo de los corazones a los labios con ímpetu incontenible. Al odio a España de hace un siglo, que fué necesario y fatal pero también pasajero y efímero instrumento de lucha, sucedía en nosotros el amor a España, más necesario y fatal todavía por

que va en la raíz de nuestro sér como un mandamiento categórico de la sangre. Ya fuese preparado por la obra de algunos escritores, ya por la obra de conquista del antiguo misionero, proseguida y acabada más tarde merced a la tácita y milagrosa labor del espíritu en la lengua, es lo cierto que nuestro pueblo parecía haberse encontrado de repente con su vieja alma española. Perdido su centro de gravedad al mandoble demasiado brusco de las grandes espadas de la Independencia, volvía después de una centuria a su antiguo centro de gravedad, recobrando su equilibrio. Obscuramente advirtió cómo desde la magna epopeya de la Conquista había sido, y no había dejada de ser, ni podía dejar de ser nunca española. No en vano corriera, empapando nuestras campiñas, la sangre de los García de Paredes, y se esparciera en nuestras auras aquel suavísimo y deleitoso olor de santidad con que la rosa mística de Juan Tinajero, el soldado beato, perfuma la selva de Venezuela en la ingenua crónica de Fray Pedro Simón.

En efecto, fuimos españoles, y nada más que españoles, cuando en pleno régimen colonial floreció entre nosotros el municipio. Fuimos españoles cuando por medio de libres ayuntamientos, impusimos y depusimos magistrados, repitiendo en pequeño lo que ya en grande, coronando y descoronando reyes, realizaron en tierra europea las primitivas cortes

castellanas. Fuimos españoles en el mismo amor de la independencia, perseguida con la tenacidad que palmo a palmo rescató su patria el soldado de la Reconquista. Genuina y castizamente españoles son, de Miranda a Sucre, nuestros libertadores excelsos. Por sangre y habla españolas, como por escala ascendente de redención y luz, llegaron a la libertad política y civil dos razas: la raza aborigen vencida y la raza africana esclavizada. Y con sangre y habla españolas plasmaron y asumieron esas razas diuturnos relieves de bronce en aquellos mestizos que, partiendo de todos los confines de Venezuela, fueron, con el mismo viril desenfado de los antiguos conquistadores, a reabrir los viejos caminos de América, en apariencia irrevocablemente cerrados y en sombra desde los tiempos de la Conquista, para iluminarlos de gloria y libertad imperecederas con el sol de Ayacucho.

Y cuando, ya en la República, buscamos formas democráticas extremas, obedecíamos a la fatalidad originaria, y, queriéndolo o no, demostrábamos provenir de la nación, única entre las naciones, donde el más humilde pechero discurre y obra como gran señor y todo gran señor, en acatamiento a la virtud suprema y nacional del orgullo, se aviene sin reparos a la condición del pechero. Lo demostramos también con nuestro espíritu regionalista, con nuestro individualismo exigente, que muchas veces degeneró en anarquía y desba-

rajuste, y con nuestra constante y secreta aspiración a una sólida estructura federal, reminiscencia lejana de los antiguos reinos españoles, eco del soterráneo latir de las provincias hispanas, reclamantes eternas de sus fueros y las que, desemejantes por naturaleza, espíritu y carácter, desde las férreas costas cantábricas, pasando sobre el fecundo y suave aliento virgiliano de la campiña gallega, sobre la fuerza aragonesa, navarra y catalana, por la ardiente austeridad mística de Castilla, hasta la eterna y voluptuosa fragancia de azahares de los cármenes andaluces, integran, en su diversidad pintoresca dentro de la unidad hispana, el más maravilloso ramillete de vida, en que cada flor, cediendo un reflejo suyo a las demás, no pierde nunca por ello el matiz propio.

No entiendo, al hablar de razas, rendir parias a un criterio de biología metafísica, porque otra cosa no sería el hablar de ellas en estricto sentido antropológico, ya que ninguna existe en estado de pureza. Dícese que en un vaso de vino podría caber la sangre helénica pura que circula hoy en la corriente de la sangre mediterránea. No mucho mayor fuera el vaso necesario a contener toda la sangre latina. Y siguiendo el símil, sin más que ampliar un poco y ahondar otro poco el vaso, estaríamos autorizados a pensar lo mismo de la sangre española, si con tales palabras nos con-

cretásemos a expresar la prístina sangre ibera.

Conquistadora, la raza española no se limitó, como otras razas, a vivir junto a la raza vencida, igual o más débil, sin importársele del presente o del futuro de la raza vencida, ni mucho menos desdeñándola, menospreciándola, oprimiéndola hasta reducirla poco a poco a uno como apartamiento de leprosería, o como a un ghetto abominable. Y dominadora o dominada, fué siempre distintivo suyo aquella fuerza latente y milagrosa de asimilación con que se apropió y sumó la savia de otras razas y pueblos que, a la postre, se hicieron carne de su carne y vida de su vida. Dominada por el romano, tomó del espíritu de Roma cuanto le era menester para incorporarse a la primera latinidad con sello propio, en una serie ilustre de filósofos, emperadores y poetas. Gracias a tan maravillosa virtualidad suavos, vándalos y alanos, visigodos y moriscos, árabes y africanos puros, trabajados y apurados por el fermento ibero, cuajaron al fin en viva y cálida substancia española. Y si a ello se agrega la obra de la lengua, obra de años y de siglos, la obra de cincel callado, discreto e invisible con que la lengua va en ánima viva labrando la escultura espiritual, nada tiene de peregrino que, por idéntico proceso, aconteciera igual cosa a las razas que constituyen la nacionalidad venezolana.

A realizar y esclarecer el concepto, pasa al

través de mi espíritu, en medio a una ráfaga de juventud, el gesto de un ilustre poeta criollo que tenía gran copia de sangre africana en las venas. Vientos de adversidad, infortunio y derrota soplaban esa vez implacables para la nación legendaria en cuyos viejos dominios el sol no se ponía. Delante del poeta, un hombre del país vencedor, ebrio del triunfo de su país, vociferó denuestos contra España. Y nunca presencié mayor prodigio que la instantánea metamorfosis de aquel pulcro poeta y hombre de paz, en su brusco abalanzarse resplandeciente de ira, transfigurado en arcángel vengador, a castigar allí mismo la bravata impertinente. Alguien acertó a arrancarle aquel hombre a su rápido y muy somero procedimiento de justicia, observándole con piadosa mentira oportuna, cómo el hijo del país vencedor, además de ebrio por el triunfo de su país, parecía estarlo también de la rubia esencia capitosa que se exprime de ciertos cereales. Hoy el poeta yace bajo la tierra, que le devuelve en flores cargadas de fragancia los versos que en su loor compuso; ya la cándida azucena de su poesía no alumbraba como interna lámpara de alabastro el tosco vaso oscuro de su cuerpo mortal; pero cada vez que recuerdo su nombre y su obra, o atraviesa por mi espíritu su ademán impetuoso y justiciero, ese alto poeta nuestro se me representa a la vez con indisputable carácter español, tan español como sedienta mota de tierra cas-

tellana, o fragante hierbal de Extremadura, o una prosa de Cervantes, o una estancia del Arcipreste, o el neto rasgo andaluz de una virgen de Murillo.

Tal espíritu o carácter, español, quiéranlo o no, amasa y funde en la nación venezolana, desvaneciendo sus diferencias de origen, a las tres estirpes que hoy traen filialmente su ofrenda a los altares de la raza española. Guiadas por la blanca estrella de un mismo ideal, son como nuevos Reyes Magos que traeran una ofrenda común y, en pausa de santo recogimiento, se detuvieran de pronto conturbados ante el misterio de una nueva Epifanía. Traen como ofrenda su más completa y preciosa contribución a la gloria de la raza después de una centuria, lo más intacto y limpio de su caudal, que a la vez resulta ser algo español por excelencia. Es un escudo de familia, forjado en forja vasca, donde, sobre gradas argenteas, y entre dos leones fronteros, una torre de plata señorea campo de azur. Debajo van el nombre y la efigie de uno de los más altos e inconfundibles genios de raza española que es aún el Genio de América, el Libertador, Simón Bolívar.

Fué un grito del Avila que, volando sobre los llanos y las cumbres, llenó toda la América. Pero detrás de ese grito, y a través del ritmo férreo de treinta mayorazgos de abolengo, palpitaba el profundo corazón de la raza. Si por la multiplicidad y el desarrollo

harmonioso de las facultades resulta próximo a los Leonardos y los Goethes; si por la clareza de visión política, dentro de cuya perdurable actualidad viven, y vivirán largo tiempo todavía, su pueblo, y la América, y la raza, no tiene un semejante en la historia, Bolívar fué, por lo demás, genio específicamente español en sus defectos y virtudes. Lo fué por la grandilocuencia de su verbo, por la amplitud, la majestad y el énfasis de su estilo, que sólo tiene par en la lengua de los Cervantes y los Rojas. Lo fué como un soldado de la Reconquista, o como los primeros conquistadores, en la tenacidad y la continuidad inquebrantables del esfuerzo que hacen de su vida gloriosa una sola y patente lección de voluntad, en la que, afirmando, a cada catástrofe, la victoria futura, va por una serie de actos de fé, como por una escala ascendente de bastiones tomados a limpio empuje de pecho al adversario, desde el gesto fanfarrón de San Jacinto, el día del terremoto, al soberbio, inapelable y único "triunfar" de Pativilca. Lo fué por su exquisito y agudo espíritu de justicia y por su generosidad ilimitada, hasta ser en tierras de América verdadero trasunto de cuanto hay de justicia y de belleza en la figura ideal del Quijote. Dió su oro y fortuna al amigo, al prócer menesteroso, al soldado infeliz, y, cuando se le escaseaba el de la bolsa, daba el oro mejor de su espíritu. Sugería a sus tenientes ideas geniales, de suerte que ellos abruga-

sen la ilusión de haberlas concebido, para que así no se sintieran malhallados en su presencia. Señor de la fama, no escatimó a los otros fama y laurel. Capaz de toda proeza, forjó a los otros grandes acciones y heroísmos: transfiguró escaramuzas en batallas homéricas, hizo de triviales capítulos de vida, páginas de eternidad y, a soldados hasta ese instante semibárbaros y oscuros, levantó de repente con su verbo divino pedestales de gloria. Se dió por Venezuela a Colombia, por Colombia a la América, por la América a su raza y, no satisfecho aún, este gran señor de casta española y treinta mayorazgos de abolengo, bajó, con certera precisión de sociólogo, que a la vez de vivo amor fraterno estuviera encendida y penetrada, al abismo de sombras y amargura que entonces fuera el corazón del africano y del indio. Bajo la seducción romántico-española del don Juan, vivió la plenitud de la vida caballeresca y heroica del Cid. Y, también como el Cid, sigue librando y ganando batallas por nosotros más allá de la muerte.

Pero no vaya a decirse que estoy para caer en la manía muy nuestra y española, de recordar glorias pretéritas, como si yaciéramos petrificados en un ideal inmóvil, en un vano y estéril culto a la muerte, a semejanza de nuestro remoto abuelo celtíbero. Desde luego jamás alcanzaremos a impedir que nuestros muertos perduren en nosotros y gobiernen e

inspiren nuestros actos, por la ley fatal de la herencia. Incumbe a nosotros convertir ese culto a la muerte en canción de vida y esperanza. Para eso, lo importante, necesario y esencial es que nosotros infundamos a nuestros muertos nueva vida con nuestra propia vida y acción cada día renovada, de modo de establecer entre ellos y nuestro espíritu una como perpetua y fecunda ósmosis de gloria.

Bien están sobre los altares de la raza el capitán de la Reconquista, el tercio de Nápoles y Lombardía como el tercio de Flandes, el expugnador del Africa, los descubridores, los conquistadores y los libertadores de América, Velázquez y Góngora, artistas y poetas, filósofos y místicos. Nosotros, los descendientes, debemos arrodillarnos ante esos altares, pero no olvidarnos ahí en actitud contemplativa, ensimismada y ociosa. Nosotros, los descendientes, debemos ir más allá, más allá de donde, en huerto cerrado, florece el rosal místico; más allá del vasto laudal de la raza, hoy dormido y silencioso bajo un ocaso de púrpura, a cultivar con el ardor de nuestro esfuerzo y la sangre de nuestro espíritu aquellas parcelas vírgenes que desgraciadamente quedaron descuidadas e incultas en el alma española.

Nos lo impone a la hora presente el sangriento espectáculo del mundo, ante el cual debemos permanecer en expectación operosa y reflexiva, atentos a cuanto encierra para no-

sotros de saludable admonición y enseñanza.

Ante ese espectáculo doloroso, esta fiesta de la raza, así como la última palabra de aquél que tantas dijo resplandecientes y profundas, la última palabra de Bolívar aplicada a todos los pueblos de nuestra habla, cobran significación trascendental, clara y precisa. Parece llegado el momento de unirse y disciplinarse los pueblos de raza española para grandes batallas de toda especie que se están incubando en el mundo. Y no sería delirante, sino de lógica llana y corriente esperar que ellos como nadie contribuyan a precipitar sobre la tierra el advenimiento de lo que en un sentido profundo podría llamarse el reinado del Quijote, cuando tras de inevitables conflictos de razas y de pueblos, queden sobre los pueblos y las razas, imperando como fuerzas únicas la libertad y la justicia. Por eso, al acercarse con su ofrenda a los altares de la raza española, imagino conturbadas ante el misterio de una nueva Epifanía a las tres estirpes que en esencia constituyen la nacionalidad venezolana.

Jamás desesperé, o más bien siempre creí, y signos del tiempo me lo corroboran y aseguran, en un universal resurgimiento de todas las Españas, aquende y allende el Atlántico, desde la ubérrima pampa argentina hasta la tierra mártir de Méjico, y de ahí al mismo hogar de la raza por entre los collares de islas en cuyas playas la voz altisonante del océano

fraterniza con la rotunda cláusula española.

Cierta vez, durante el radioso mediodía de un abril castellano, esa visión fulguró sobre mi espíritu. Acababa yo de salir, abrumado y confuso, de entre aquellos muros eminentes, formidables y macizos del Escorial, que con tan malhadada insistencia se interponen entre el ojo del extranjero y el espíritu español, después de haber descendido a la cripta suntuosa, yacija de reyes, y de haberme paseado en la amable compañía de un fraile joven, color de aceituna, artista y sabio, que, entre comentarios eruditos, me hizo peregrinar por una selva de maravillosas mayúsculas miniasdas de antifonarios y misales. Ahí cerca, a pocos pasos del Escorial salieron a mi encuentro, porque ahí asistidas de guarda paterna me esperaban, tres damas de una gran república de esta América del Sur. Eran tres hermanas, y todas tres jóvenes y bellas, como en una alegoría. Y, también como en una alegoría, sobre sus pechos abrazaban sendos manojos de lilas en flor, que son en aquellas latitudes el primer claro y puro sonreír de la Primavera. Entonces, a mi espíritu, los muros del Escorial se hicieron de substancia transparente y luminosa. Contra las palabras malsonantes y fatídicas del malhumorado estadista inglés, yo vi, sobre la España eterna, surgir una España nueva, engrandecida y multiplicada. Y en las vírgenes llenas de gracia, enjoyadas con la sonrisa de la primavera,

columbré a las hijas que volvían, un gesto de imperio hispano en las frentes altas y resueltas, a remozar y alegrar el viejo hogar de la raza con el coro unánime de sus voces frescas y juveniles.

No le temo a la controversia; a quien le tengo miedo es al "Boyg Grande".

*El "Boyg Grande" es "una cosa vaga, informe, ubicua, inevitable e invulnerable", una masa misteriosa que se alzaba ante los pasos de Peer Gynt cada vez que el explorador trataba de avanzar por una tierra nueva. En el "Boyg Grande" simboliza Ibsen la pesada resistencia de las almas perezosas al avance del espíritu. No es una espada, sino una atmósfera de modorra. No es un resorte, ni nada que golpee o devuelva los golpes. Es arena, sueño, letargo, indiferencia. "El "Boyg Grande" conquista, pero no pelea".— En la España contemporánea el "Boyg Grande" ha tenido su emblema en aquellos botones que decían en el anverso: "No me hable usted de la guerra", y en el reverso: "Hábleme usted de Belmonte."**

RAMIRO DE MAEZTU.

* El torero Belmonte.

TRES DIAS DE ADAN

Cuento de Año Nuevo

SIN duda que es cortés y juicioso consagrarle al universal antepasado del hombre los ensueños y divagaciones del día de año nuevo. Aquel sentimiento amable que experimentamos ante la idea de principiar un nuevo año—ante la idea de principiar cualquier cosa, así sea mínima, como un breve día fugaz—nos invita a comentar con nosotros mismos el placer de los minutos iniciales. Diríase que el fastidioso pasado queda abolido, que anonadamos las horas pretéritas, y que nada, finalmente, pesa sobre la tierra, rejuvenecida como por ensalmo. Diríase que van a florecer imprevistas felicidades, y úno se siente como preparado para la espera de la sorpresa.

Todo ello es ilusión, y qué pronto se revela en nuestro cansancio, en nuestras pesadumbres!

¶ Sólo el joven Adán disfrutó de los maravillosos hechizos del alba primordial en el Edén. Por eso mismo es inapreciable para nosotros los humanos su emblemático recuerdo, y por eso quiero yo dedicarle un cuento en que no sean mucho menos los acaecimientos que las *senefiances*,

como decían en la Edad Media, los autores franceses de anecdotarios religiosos. Con esta palabra designaban las significaciones morales que, según su entender, se ocultan bajo los eventos del destino, y a las veces, bajo los relatos embusteros de los bardos.

Debo advertir, por otra parte, que atribuyo a este primitivo antepasado, ideas, emociones y giros de dialéctica sentimental que no le conceden los darwinianos, los cuales se empeñan en considerarlo como un mono. Dejemos a los darwinianos con sus creencias. Y de entre aquellos días que vivió nuestro padre, cuando poseía aún una alma verdaderamente infantil, me he permitido yo escoger tres, de aquellos en que reflexionó más profundamente.

* * *

¡Cómo se divierte!... Acaba de nacer y es un adolescente. El Creador, satisfecho de la naturaleza que ha inventado, tuvo deseos de tener un espectador inteligente, vivo y despierto, no uno de estos reciennacidos somnolentes de hoy en día, que emplean años en no ver nada, y que cuando logran ver no tienen ya la mirada fresca y pura.

El joven Adán se alborozó en el primer día del mundo. Azul, rosado y verde, el Paraíso le ofrecía en torno un paisaje tan vario, que al contem-

plarlo sus ojos no permanecían un solo instante fijos.

La Aurora, nunca vista todavía, derrama sus maravillas y prodigios a manos llenas, las derrocha con suntuosa prodigalidad: florece tanto como las rosas del jardín. El joven Adán desea poseerla y pretende aprehenderla entre sus dedos.

La fragancia de las flores es análoga a la luz: forma radiaciones, reflejos, caprichos y locuras. El canto de los pájaros es como una aleluya de serena alegría.

Y a medida que trascurría cada hora iba cambiando el aspecto de todas las cosas. Los colores se mezclaban, separábanse, formaban fantásticos juegos aéreos. A cada momento aparecía alguno nuevo. No acertaba Adán a explicarse de dónde provenían, en silencio y súbitamente, tal como un pájaro sale de la fronda o como surge un canto del silencio.

Entre tanto hechizo delicado el joven Adán va y viene y corre aquí y se pára allá. Está atento y es dócil a los numerosos reclamos de sus sorpresas. No sabe a quién preferir; y prefiere sucesivamente a cada uno de los objetos, palpables o no, que sobrevienen a divertirlo.

Fácilmente supondréis que entonces es cuando comparece, inocente y risueña, la gentil joven Eva. Y al punto sucede que en dos corazones admirablemente vírgenes, preludia su cántico el

primer amor del mundo. Es un ardor extraño y a la vez una tímida alegría. En poco tiempo el joven Adán encuentra y pronuncia las palabras que toda la ternura de la tierra no tendrá más que repetir sin término. Además, justo es confesar que no había menester muchas palabras. En aquel día las palabras poseían sus cualidades plenas. Todavía no se las había gastado, pervertido, degradado hasta el punto de convertirlas en frívolos rótulos. No tenía ni que repetir las con insistencia loca ni que multiplicarlas con aturdimiento.

El joven Adán combinó los primeros madrigales e impuso el primer epitalamio.

Cuando sobrevino el crepúsculo de la noche, tomólo por una nueva aurora; y creyó que los murciélagos que revoloteaban en la sombra invasora eran alondras...

* * *

Pongamos que el segundo día que valga la pena de recordar fuera algún tiempo más tarde, o bien entristezcámonos adivinando que fué al día siguiente. Pero mejor será que dejemos a cada quien el cuidado de conjeturar a su antojo la duración de este tiempo intermediario.

El joven Adán vió que esta segunda aurora sonreía en el cielo, y que reía y que relumbraba con su anterior exhuberancia. Recalentóse la at-

víspera. Fué como siempre gentil y pueril. Solamente que pudo convencerse de que su marido ni siquiera cambiaba de posición a sus requiebros.

—Querido Adán! Yo te amo! díjole.

—Ya lo sé, respondió el querido Adán.

Y no la expulsó a golpes, previendo seguramente las reglas de la venidera cortesía. Pero no la recibió como se recibe a un prodigio. La joven pronunció palabras llenas de gracia que Adán no escuchaba. Y entretanto, pensaba el primer hombre:

—¡Lejana posteridad mía! Escucharás esto, únicamente ésto, hasta la postrera consumación de los siglos! Remota posteridad mía, te compadezco! Tengo piedad de tus vidas; tengo piedad de tus ojos!

La melancolía que experimentaba lo interesó un poco y por escaso tiempo. Luego, como se acostumbró a ella, no la tomó en cuenta.

—Yo te adoro, mi querido Adán!...

De un modo distraído él preguntó:

—¿Así como ayer?

—Como ayer, respondió ella con arrebató.

Adán suspiró, sin que la joven Eva lo advirtiera. El lamentaba penosamente la víspera y lo que había acontecido. Y deseaba principiarla de nuevo, creyendo que la principiaba. Y se lamentaba de no haber gustado delicada y deleitable-

mente la primera aurora, la primera sonrisa y la primera confesión.

Y trató de darse excusas a sí propio:

—¡Era yo tan joven!...

Y así pasó el día dos de enero del mundo.

* * *

Y coloquemos mucho más tarde el tercero de los días más importantes de Adán. Adán ya no es huésped del Paraíso Terrenal. Vive expulsado de él, y trabaja. Tiene dos hijos, e ignora que uno de ellos abrirá la éra de las violencias. Ya no es el mismo. Ha adquirido gravedad con los años.

Por la tarde, sueña. La naturaleza, en torno suyo, sueña igualmente. Adán gusta de la sombra que cae sobre los valles desde las altas montañas, aquella sombra que primero se refugia bajo los árboles amedrentada y las otras que parecen correr desesperadamente por las llanuras antes de encontrar un asilo, y gusta de contemplar las postrimeras vislumbres que perduran después que el sol ha desaparecido; y se pregunta qué va a ser de ellas: el sol las ha olvidado y mueren... Y le agrada el profundo silencio que anda por prados y campiñas cuando impera la dulce noche...

Adán sueña, y contempla la cotidiana ceremonia de las tardes.

Las ha visto ciento, las ha visto mil veces. Había llegado al extremo de no parar atención en ellas, hasta el punto de que, cuando se le decía: —“Cae la noche”. Adán, respondía:—“Evidentemente”. Pero ahora lo que le conmueve y le hace verter fácilmente lágrimas, es contemplar una de las noches del mundo y acordarse al mismo tiempo de todas las demás noches que han pasado. Compara las unas con las otras, y, más que sus atractivas diferencias, lo encanta el hechizo de sus semejanzas; siente el beneficio de la duración de las cosas, de la duración del recuerdo, y concibe entonces que el recuerdo, es el símbolo de la vida.

Una luz brilla en el postigo de su casa rústica. Y regresa a ella.

Eva le dice, como en noches lejanas:

—¡ Querido Adán! Te adoro!

Y no se atreve a preguntarle si lo ama tanto como antes. Ya no quiere que lo ame más, sino que lo ame como antes. Y comprende que el amor que él siente por Eva es un amor en el cual tiene parte todo el pasado; y se siente conmovido hasta en la más íntima profundidad de sus entrañas; y su memoria lo ayuda con el recuerdo en estos nuevos minutos, enriqueciéndolos, amarrándolos a la eternidad patética.

Mira cómo juegan Caín y Abel Y mentalmente piensa:

—¡ Oh ! posteridad mía que serás larga en las edades !, tú disfrutarás de placeres que yo no conozco ! Cada uno de vuestros días estará lleno de recuerdos, los cuales, desde mí mismo hasta vosotros habrán formado larga línea ! Escucharás palabras que un largo uso habrá adornado de alusiones encantadoras o infaustos pesares ; amarás mujeres, en las cuales sobrevivirá Eva y su descendencia ; dormirás en noches en que temblará la abundante historia de la tierra... Yo te envidio, sabia posteridad mía !...

* * *

Y Adán, todavía joven, pero ya prudente, acababa de inventar el único delicioso sentimiento que impide que la humanidad muera, y que la consuela del vivir, eternamente joven, una vida eternamente vieja !...

ANDRÉS BEAUNIER.

Versión de Jesús Semprún.

(Cojo Ilustrado. Caracas.)

230

EL BUEN ARBOL AMIGO

HE tendido mis manos caldeadas
por el sol del camino hacia tu sombra
y las has confortado, árbol amigo.
Venían fatigadas por la ausencia
de las manos amadas, y en tus hojas
se han hundido afanosas y han hallado
de aquellas buenas palmas la frescura.

¡Oh canción de sosiego y de ternura
sobre mi corazón; polvo de senda,
arrojado a vagar constantemente
por sobre la aridez de las llanuras!

¡Oh buen árbol amigo! Yo deseo,
aquí bajo tu amparo, una continua
renovación de mis palabras: quiero
unas que sean nuevas y que digan
de tu buena hermandad para conmigo,
de este compañerismo que nos une
y que no es el humano; voces vírgenes
de la boca del hombre, todas amplias
y llenas de tu aliento, de tu vida
primitiva y sincera, y de tu savia;

*palabras interiores y sonoras
que arrastren mi sentir exactamente.*

*Armonicemos nuestras voluntades,
y digamos ingenuos pensamientos:
que tu acción y la mía se confundan
en procurar la gracia de un remanso
al viajero cansado del camino;
que al agitarnos ambos bajo el viento
le brindemos rumores de agua fresca.*

*Yo recibo tus brazos en los míos,
y, por tu corazón lleno de fuerza
agitando mi pecho, tu constante
y severa actitud. Y así, abrazado
a tu robusto tronco, parecemos
ambos un solo tronco por donde hace
pasar la tierra múltiples designios.*

*El descansar bajo tu sombra ha sido
ser fuerte y ser ingenuo: boca abajo,
he apretado esta hierba entre mis dientes.
Y con mis manos he escarbado el suelo
endurecido, y a tus pies he abierto,
majestuoso de esfuerzo, una ancha taza.
Y he corrido después a la vertiente
y he traído en mis manos agua clara
innumerables veces, y te he dado
con humildad la ofrenda de mis actos;*

porque he pensado en todos los que cruzan
a estas horas la tierra, y cuyos pasos
fatigados resuenan dolorosos
sobre mi corazón.

Nos parecemos,
árbol amigo: Yo también doy sombra,
pero la mía es infecunda: nadie
hallará hierba fresca en sus dominios
ni protector arrimo ha de pedirle.

Amo tu compañía: tu lenguaje
me aclara cosas viejas; conversamos
para dejar en medio de los hombres
altas renovaciones.

Yo bendigo
tu confianza y tu paz, y las deseo.

¡Acaso como tú, tras largos años,
seré también un árbol del camino!

ERNESTO A. GUZMAN.

Santiago de Chile, 9 de Enero de 1915.

(Nosotros. Buenos Aires.)

26 -

HA MUGIDO UNA VACA EN LA NOCHE

SE ha dormido el pinar,
y en la hierba del prado
que desde mi ventana
contemplo, se ha apagado
la luz crepuscular.

El horizonte
tuvo una palidez esmeraldina,
como de luz en agua,
y acaba de morir.

Reina en el monte
la sombra, densamente;
y en el cielo lo azul...

Paz campesina.
Está solo el paisaje.
Dentro de poco habrá, en cada ventana,
una luz; ahora sólo
se ve, allá en la ladera,
temblar la luz lejana
de un pastor que ha encendido,
vigilante, su hoguera.

Paz de tarde campestre y aldeana...

Por entre los helechos un rehato
se desliza callado y escondido;

quedo, de rato en rato,
se oye el rumor del agua
que corre, y el silencio
de nuevo: sólo un ruido
misterioso y muy leve,
quizá de alguna rama
que cae, quizá algún pájaro
que aleteó dormido...

Nada más.....el silencio
cada vez es mayor y es más sombrío
lo azul que aduerme al cielo.....

Ha sido en esta paz cuando una vaca
del establo ha mugido,
profunda y largamente,
humanamente,
con un largo plañido
que conmovió la noche, y se ha extendido
allá donde el pinar muere en la sombra.

Tuvo esta vaca un recental ha poco
y ayer fué al matadero,
cogido con astucia por dos hombres.
Mugió la vaca, contestó el ternero
con voz trémula y débil, inocente,
y así fué hasta morir.....

Al medio día,
con la ventana abierta y viendo el campo
comimos la familia, en paz unida,
un bocado exquisito de ternera.

Era suave el manjar, el sol alegre,

fácil y grata de vivir la vida.

Esta fué la aventura. Nadie le dió importancia.

Pasó... Y ahora en la tarde,
a la ya escasa luz, he distinguido
la vaca que salía.

Ha pasado la vista por el prado
para buscar su cría,
y al verlo abandonado,
dió un mugido
que tembló con acentos de elegía.

Calló después, y, ahora,
hociquea la hierba resignada,
sometida al dolor de cuanto existe,
que es ley de Dios y ante El no puede nada
un dolor de animal paciente y triste.

(El Figaro. Habana.)

MANUEL ABRIL

¡Asusta pensar qué hombres de mañana serán todos los niños de hoy, que ya no leen las MIL Y UNA NOCHES y los cuentos de Perrault, que ya no corretean al aire libre, bajo el beso del Sol, que sólo adiestran su inteligencia en el método inductivo y deductivo de un policía de teatro y van a marchitar su salud y su inteligencia entre las tinieblas del cine, donde se ofende a la gramática y al sentido común!

FELIPE SASSONE.

LA ESCUELA PÚBLICA

AUNQUE la población de Tegucigalpa, hoy capital de Honduras, en 1868 ya era considerable, no tenía más que una escuela de varones. Nuestras mujeres aprendían algo, pero en casas particulares. No sé a qué atribuir esta falta de planteles para educar a la niñez, si a lo exiguo de los fondos públicos o a descuido de nuestros mayores. Cuando todas las naciones de América habían entrado en la vía del progreso, la desgraciada Honduras, allá encerrada en sus montañas, caminaba a paso muy lento, ajena al movimiento moderno.

Aquella se llamaba *La escuela pública*, y es la que voy a describir hasta donde me lo permitan mis recuerdos. Cuando yo la frecuenté estaba muy mejorada, según me contaban: yá había papel, lápices, plumas de acero y tinta extranjera.

Dos conventos quedaron en Tegucigalpa después que se acabaron los frailes: el de los franciscanos y el de los mercedarios. En el primero y en el salón que dá al Sur de la puerta de calle, era donde se daba la

enseñanza primaria a los niños de la ciudad. Esta pieza era bastante amplia, bien ventilada y con luz suficiente. El maestro ocupaba una plataforma desde donde con la vista dominaba a todos los discípulos, los que aproximadamente seríamos unos ciento veinte.

En el tiempo a que se refiere esta narración, el maestro era el aventajado joven D. Pedro José Bustillo, pasante de abogado. El Sr. Bustillo, que hoy es una de las glorias del foro hondureño, a fuerza de estudio perseverante había logrado sobresalir del común de sus compañeros, lo cual, unido a su formalidad y buena conducta, lo elevaron a la dirección de la escuela.

El Sr. Bustillo, solo, sin un ayudante para desempeñar la escuela de una manera regular, siguió el método lancasteriano, el único que cabía en aquellas circunstancias y que imponían los medios de que se podía disponer.

No sé si por costumbre o por ley, los que iban a la escuela ya habían aprendido a deletrear en la cartilla de San Juan, en el Catón o en el Catecismo del Padre Ripalda, y además, sabían algo de la doctrina cristiana: estos conocimientos se adquirían en casas amigas de la familia del niño.

El maestro enseñaba a leer, escribir, ortografía, aritmética, moral, urbanidad y la doctrina cristiana. Las horas dedicadas a las tareas escolares eran diariamente cuatro por la mañana, de ocho a doce, y dos por la tarde, de dos a cuatro. En la tarde del jueves había asueto. No recuerdo a punto fijo cuándo comenzaban las vacaciones; pero en diciembre no concurríamos a la escuela; y al castigo por una de nuestras diabluras se agregaba la amenaza de que ya venía enero para volver a ella.

Como era imposible que el maestro atendiera a tanto alumno, los dividía en clases, correspondiendo cada una a una banca, a la cabeza de la cual estaba un niño aprovechado que era el *decurión*. En la primera colocaba a los que más sabían, en la segunda a los que seguían en aprovechamiento y así en orden descendente hasta la décima.

Las atribuciones del decurión eran pasar a los niños, es decir, leerles la lección de lectura, tomarla después a la hora que indicaba la campanilla que sonaba el maestro, echar cuentas y hacer guardar el orden a los alumnos que estaban a su cuidado.

El orden para la enseñanza era el siguiente:

Al llegar cada alumno, después del clásico *Ave María Purísima*, ocupaba su puesto en la banca, sacaba de su *bulto* el papel, lápiz, regla y pluma, reglaba el papel, o se lo reglaban si no podía, e iba con él a donde el maestro a que le *echara renglón*. Esto nos gustaba mucho porque el Sr. Bustillo siempre tuvo muy buena letra; y cuando para librarse de este trabajo nos daba una de las pocas muestras de las que había en el establecimiento, no podíamos disimular nuestra pena. La escritura se verificaba bajo la dirección del decurión. Los grados de la escritura se llamaban reglas: comenzaban desde hacer palotes y perfiles hasta escribir *en sombra* (con falsilla). Cuando se podía hacer letras, el grado superior se distinguía del inferior, en que en aquel el espacio de línea a línea era más corto que en éste. El que podía, al fin de cada plana escribía su nombre.

Concluida la escritura, comenzaba la lectura, que verificábamos en la mañana en las cartas de familia o de amigos que nos daban en nuestras casas, y en la tarde en el libro, gaceta o impreso que caía en nuestras manos. Desde que a un niño lo pasaba su decurión tenía que estar leyendo continuamente hasta que se acabara el tiempo

de este ejercicio: el niño que tenía alguna dificultad la consultaba con su decurión, si es que el compañero del lado no podía resolvérsela. Los decuriones leían ante el maestro, en presencia de toda la escuela.

Exceptuando la escritura, la lectura y la aritmética, que eran diarias a tarde y mañana, menos los jueves, las otras asignaturas se enseñaban una vez por semana: martes, moral; miércoles, ortografía; jueves, ejercicios de aritmética; viernes, urbanidad y sábado, doctrina cristiana.

El texto de moral era Escóiquiz, que aprendíamos de memoria, aunque en esto no era muy escrupuloso nuestro querido maestro. Más confiaba en sus pláticas, que acomodaba a nuestra corta inteligencia y sobre todo en sus cuentos, con los cuales conseguía inculcar en los niños el amor a la virtud, el odio al vicio, el cariño a sus padres, el respeto a sus mayores, etc., y desterrar las preocupaciones creadas por la ignorancia. Apenas me acuerdo del principio del libro de Escóiquiz, algo de las explicaciones del Sr. Bustillo y sí de todas sus sencillas narraciones. Debido a éstas, desde la edad de ocho años no creo en aparecidos.

La enseñanza de la ortografía, sin las primeras tres partes de la gramática, ha de haber sido difícil. No sé cómo se las arreglaba el maestro; ello es que escribíamos al dictado en la pizarra y aplicábamos, en cuanto nuestra edad lo permitía, las reglas de la Ortografía de la Real Academia Española, que era el texto.

Después de la escritura y de la lectura y antes de la presentación de planas, los deberos nos echaban cuentas, y a ellos, el maestro. La mañana de los jueves se destinaba a ejercicios de aritmética: para ello nos dividían en secciones según nuestro grado de adelanto, y un niño aventajado nos hacía preguntas o nos dictaba problemas; todo bajo la inspección del maestro. Las reglas de la aritmética de D. Manuel Domínguez, único libro elemental que se conocía, teníamos que aprenderlas de memoria, lo mismo que la tabla de multiplicar.

Con las explicaciones sobre urbanidad nos preparaba el señor Bustillo para la vida de relación. Nos definía la urbanidad el arte de portarnos en la sociedad con agrado, delicadeza y circunspección. De esto y de varios principios de moral deducía las reglas prácticas que debíamos aplicar en

las situaciones en que nos encontráramos. En la moral de Escóiquiz hay una parte que trata de aquella arte.

Para la doctrina cristiana no había más método que el catequístico, de preguntas y respuestas. Decorábamos sin ni un punto la obrita del Padre Ripalda hasta el *Introi-to*. A veces el maestro nos proponía cuestiones que creo que ni él mismo podrá ahora resolverlas.

Pasadas las horas de lectura, escritura y cuentas, sonaba el maestro la campanilla, é inmediatamente todos quedábamos callados. Era la señal para presentar las planas. Cada uno iba con la suya a donde el maestro, quien, cuando estaba mal hecha, sobre la parte que debía corregirse hacía la rectificación correspondiente.

Idos los niños que por su edad o grado de adelanto no estaban en capacidad de aprovecharse de las explicaciones, se daban éstas por el maestro a los demás acerca de la asignatura que tocaba aquel día. Estas pláticas tenían lugar en la mañana.

Los progresos de la pedagogía no habían llegado a Honduras en aquellos remotos tiempos; así que nada extraño tiene que sólo se nos enseñara a leer, escribir y contar y que para esto se nos aplicara la

palmeta y el látigo por aquello de que *la letra con sangre entra*.

Una vez al año la Municipalidad en cuerpo, con dos bachilleres o licenciados, practicaba la visita de la escuela; probablemente cuando se acercaba la época de las vacaciones. Al comunicarnos el maestro la noticia de este acontecimiento, nos preparábamos con repasos y bonitas planas. La víspera de la visita municipal íbamos a Zapusuca a traer pino para adornar el local de la escuela.

El maestro no quedaba mal. Recibíamos en unión de él a la Honorable Corporación Municipal como correspondía a la primera autoridad de la comuna; no cometíamos ni la menor falta. Después del examen a que se nos sujetaba sobre las materias de enseñanza y de preguntar al maestro lo que hacía falta, se retiraban los señores concejales, con gran contentamiento nuestro.

En una ocasión notaría la Municipalidad progreso en nosotros, por que se dignó dar de premio a la escuela seis ejemplares de la aritmética escrita por el salvadoreño José María Cáceres. Para que a todos nos sirvieran los libros, dispuso el maestro que los alumnos que escribían bien copiaran para los otros en cuadernos las definiciones

más importantes y que no estaban en el Domínguez. Entonces aprendimos todas las divisiones del número de una manera sistemada. Esto fué una gran novedad, porque en la visita siguiente, un bachiller de los examinadores quedó sorprendido cuando le dije que los números pueden ser *homogéneos y heterogéneos*.

Tres años duraba la instrucción primaria, tres años que no fueron perdidos. Aquella escuela tan deficiente y con todos los defectos que se quiera, fué útil a todos. El señor Bustillo desarrolló su afición al magisterio y años después, con más elementos, fundó un colegio en que enseñaba todo lo que debe saber un niño; y nosotros aprendimos algo más que leer, escribir y contar, porque se nos habilitó para la democracia; la igualdad ante la voz del maestro no permitió que entre los discípulos ya hombres hubiera barrera social; y al fundirse nuestros corazones al soplo de la educación común, aparecieron nuestros caracteres bien definidos y guiados por la honradez y el bien general. Más tarde, siguiendo la luz del progreso, nos despertó la civilización; algo hemos tenido que rectificar, pero el fondo de moralidad de la humilde escuela pública ha quedado incólume, y con él seguimos

paso a paso los adelantos que forman el patrimonio de la humanidad.

México—1910

ALBERTO MEMBRENO.

Quisiéramos defender la continuidad en el esfuerzo, sugerir el sentido del respeto a las nuevas generaciones. Niveladores según tendencia jacobina, renegamos los americanos de los maestros y no aceptamos jerarquías. Y, sin embargo, sólo del esfuerzo concorde de todos nuestros escritores, podrá derivar exhuberante robustez, una cultura apenas secular. En vez de aniquilarnos en pequeñas querellas, levante-mos sobre nuestras brillantes rebeldías el culto de la justicia intelectual. No repitamos—en muchos ejemplares—el símbolo del drama de Renan: el iniciado que mata al iniciador, el discípulo que ataca al maestro, Barrés que abomina de Rousseau después de haber seguido su huella armoniosa.

F. GARCÍA CALDERÓN.

(*La Revista de América.* París.)